

UNA ESTANCIA EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

ga ese guapo!» Todos lo oyeron y, mejor que nadie, el capitán Montoya. Sereno, y hasta sonriente, dejó su escuadrón, y haciendo el saludo militar á su coronel, le dijo: «¿Me permite, mi coronel?» «Vaya no más, capitán». . . Regresó al trote á la cabeza de su escuadrón, tomó de manos del asistente su hermosa lanza de ébano, se fajó firme, y gritando al trompa desertor «Allá va el capitán Montoya», se lanzó al galope.

»Fué un momento de suprema expectativa para indios y cristianos. No duró ni un minuto. A la carga se fueron los dos campeones, castigando con furia los buenos *fletes* en que iban montados. Erró el trompa ó flaqueó á última hora, pues con brazo firme y tieso le traspasó Montoya de terrible lanzazo, entrando la punta por la boca y saliendo por la nuca. . . «Toma ahí», fué lo único que dijo el capitán, dejando al muerto tendido y regresando á galope á ponerse al frente de su escuadrón, después de un nuevo saludo á su jefe con un «Está despachado, mi coronel». . . El regimiento, tocando á degüello, cargó sobre la horda de salvajes, que en vez de resistir el empuje de los doscientos Montoyas, huyeron despavoridos, siendo lanceados por la espalda».

Estas escenas de un heroísmo arcaico, que parecen arrancadas del poema del Ariosto ó la novelesca vida de Amadís de Gaula, ocurrían en nuestros días. Resulta muy digna de admiración la fortaleza de aquellos brazos; pero con sus hazañas prolongábase indefinidamente la barbarie.

No es que los soldados argentinos se negasen á usar las armas de fuego, antes de la adop-

ger, y éste debía aceptar el reto con arreglo á un heroico pundonor, heredado de los conquistadores.

Tales pasos de armas ocurrían en nuestra época: como quien dice, ayer. El general argentino Don Ignacio Fotheringham, en su reciente obra *La vida de un soldado*, libro interesante, escrito con el calor y la ingenuidad del que relata cosas vistas, cuenta una lucha de esta clase, ocurrida al Sud de la provincia de Mendoza el año 1868. El regimiento 1.º de caballería, considerablemente mermado, pasó el río Diamante para reñir, uno contra diez, con los indios que lo desafiaban desde la orilla opuesta. Antes de iniciar la carga contra los jinetes indígenas, que formaban una línea extensa, haciendo caracolear sus caballos y blandiendo sus largas lanzas con tremendos alaridos, avanzó un indio hacia la tropa, completamente solo.

«No era un indio — añade Fotheringham —, era un cristiano: un trompa, llamado Barros, desertor del regimiento. Iba bien montado y armado de larga chuza. . . Al acercarse, gritó: «¡A ver ese capitán Montoya tan mentado! ¡Que salga ese guapo!»

ción del Remington, en sus combates con los indios. Pero el fusil á cargar por la boca colocaba al cristiano en una visible inferioridad. Hacía el primer disparo, y antes de cargar por segunda vez, ya tenía encima al jinete indio, entablándose una lucha al arma blanca, que terminaba las más de las veces en perjuicio del infante.

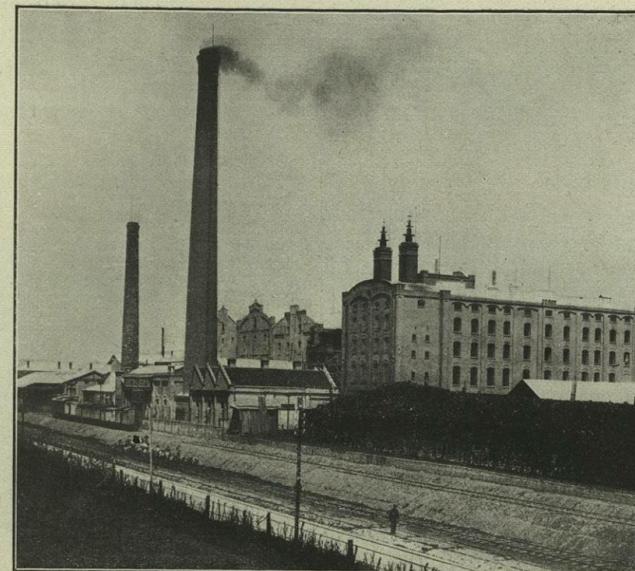
Además, gozaba el indio la ventaja de la superioridad de sus caballos, ya que podía escogerlos entre los centenares de animales robados en los malones. El soldado iba montado en bestias

que proporcionaban los contratistas; animales escuálidos, de corta resistencia y asustadizos. Las guerras civiles ó los intentos revolucionarios tenían ocupados á los mejores regimientos en las ciudades. Las tropas de las fronteras eran las más de las veces guerrillas de escasa organización ó milicias improvisadas por los pueblos. Estos «milicos», como les llamaba la gente, sentían aversión por el arma de fuego y preferían la lanza. Los tiros de sus carabinas y trabucos resultaban salvos inútiles. Tenían que hacer fuego al azar, con la culata del arma apoyada en un muslo. Si apuntaban valiéndose de los dos brazos y abandonando las riendas, la bestia, asustada por la detonación, recelosa y espantadiza, apeábalos de un bote por las orejas.

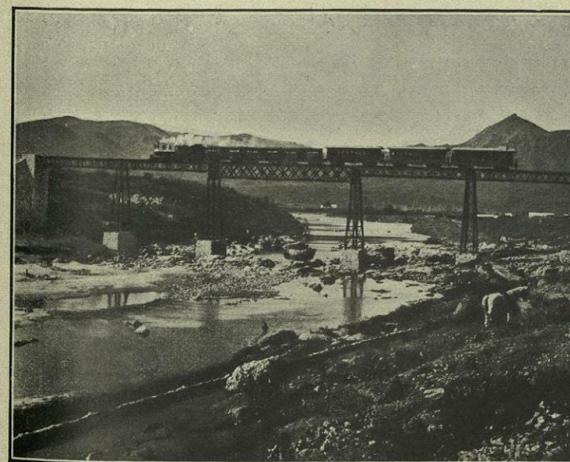
Transcurrieron dos tercios de siglo antes que la civilización adelantase un solo paso. El cacique Mariano Rosas reinaba como un emperador del desierto, ante el cual humillábase el Gobierno argentino. Sus feudatarios trataban de igual á igual á los comandantes de frontera. El

llamado «Jefe blanco», nacido de un cacique indio y una prisionera cristiana, era una especie de Atila rubio, sembrador de horrores, que mantenía en perpetuo miedo á los pueblos fronterizos. Había que regalar centenares de yeguas y cargamentos de azúcar y hierba mate á estos bandoleros para que se mantuvieran en paz. Tomaban los regalos y, á continuación, emprendían sus malones, haciendo responsables de éstos á otros caciques, que, según ellos, no querían arreglos con los cristianos.

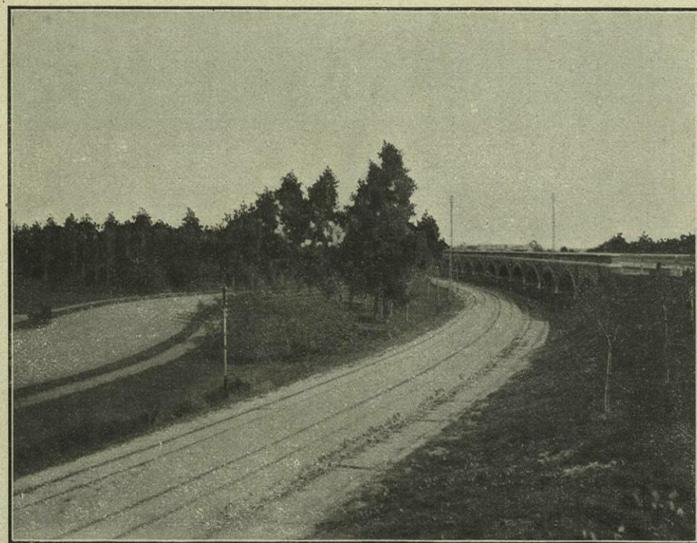
La llegada de una embajada de



BUENOS AIRES. UNA FÁBRICA DE CERVEZA



PUENTE SOBRE EL RÍO COSQUÍN (PROVINCIA DE CÓRDOBA)



BUENOS AIRES. PARQUE DEL 3 DE FEBRERO, CON EL VIADUCTO DEL FERROCARRIL ROSARIO Y PACÍFICO

su grandeza fingiendo ignorar el idioma de un Gobierno al que despreciaban. Todos parecían convencidos de que sus hordas, armadas de bolas y lanzas, arrollarían cuando quisieran á las tropas de la República.

Estas embajadas formulaban siempre las mismas reclamaciones con tono altivo. Querían más aguardiente, más hierba, más yeguas, y al entregarles los regalos admitíanlos con aire protector, cual si perdonasen la vida á los blancos.

El general Roca, cuando sólo era teniente coronel y mandaba una línea de la frontera india, tenía que hacer grandes esfuerzos para tratar diplomáticamente á estos bandidos. Ya que no podía fusilar á los zafios embajadores, que se presentaban montando caballos robados poco antes en el mismo pueblo, les daba la mano y les sonreía.

— ¡Ya verán! ¡Ya verán! — cuenta Fotheringham que murmuraba en estas entrevistas, con un gesto enigmático.

Y, efectivamente: un día vieron las indiadas avanzar á pie á los cristianos, armados de un fusil que disparaba y disparaba incesantemente. ¡No más combates á caballo; no más choques de lanzas y revoloteo de bolas! Una lluvia de proyectiles detuvo en su carrera veloz á la horda montada y pateante, apagando sus aullidos.

Se acabaron los malones: las tolдерías fueron pasto de las llamas, y las tribus, deshechas para siempre, repartidas y disgregadas en los territorios más lejanos. La mujer blanca pudo vivir tranquila en su casa del campo, sin miedo á verse convertida en mancha de un indio sucio y borracho. No se repitió más la vergüenza de que algunas damas de provincias, de excelente educación y honrosa cuna, fueran á acabar su triste vida en un campamento de salvajes, embrutecidas por el dolor y la afrenta, como bestias de carga y procreadoras de mestizos.

Los fortines transformáronse en poblaciones. Tras el soldado avanzó el colono, tomó posesión del desierto, que ahora lo era en realidad, sin un jinete salvaje, sin una tolдерía. El arado rasgó el suelo y los cereales extendieron su oleaje de oro sobre la antigua tierra maldita.

indios á un puesto de la frontera era un suceso que despertaba la cólera de los militares de profesión, ansiosos de acabar con esta vergüenza. Invadían los caciques, grandes y chicos, con aire de vencedores, el despacho del jefe, y allí fumaban con una majestad grotesca, mientras el «lenguaraz» ó intérprete explicaba pomposamente el objeto de la visita. Muchos de ellos hablaban el castellano, pero querían hacer sentir claramente

Así fué vencido y muerto el demonio del salvajismo, que robaba á la civilización un dominio de veinte mil leguas.

Esto ocurrió en la Argentina antes y después del fusil Remington.

* * *

Hace algunos años todo era camino en la República. El baqueano tomaba su rumbo en la pampa lo mismo que el piloto en la mar. Las caravanas abrían en cada viaje nuevos senderos. El jinete hacía correr la cabalgadura á su capricho por esta inmensidad. Los rebaños salvajes galopaban con la cabeza baja y la ceguera del vértigo, seguros de que ningún obstáculo cortarían su paso en la llanura igual é infinita, sin una depresión, sin una cumbre.

Hoy no ha cambiado el aspecto de este mar de tierra. La misma llanura sin término; el mismo horizonte sin fondo. Sólo á corta distancia parecen seguir la marcha del viajero unos postes en fila, de los cuales pende algo sutil que brilla bajo el sol; algo semejante á los hilos de plata que babea la araña.

Al mirar al lado opuesto se encuentra igualmente otra fila de postes, con sus hilos, que apenas si son visibles á causa de la distancia. El viandante marcha por una pradera de verdor intenso, con cercas de alambres por dos lados, y un interminable horizonte por los otros dos. Esta extensión, de más de cien metros de anchura, es un camino.

En la Argentina la abundancia de terreno ha permitido hacer las cosas en grande. En el centro de la lengua pradera, profundos relejes abiertos en la hierba y ondulaciones de barro seco y removido, marcan el paso de carretas y caballerías. La rutina, anonadada por la amplitud, sigue marchando sobre las pisadas de los predecesores, dejando libre y sin hollar la vegetación que poco á poco se apodera del resto de la vía. Resulta de esto que en la Argentina hay caminos dentro de los caminos.

Parece fácil salirse de la faja de terreno destinada al tránsito; galopar á través de la inmensa planicie, como lo hacían los antiguos gauchos. No hay á la vista nada que se oponga: ni muros de propiedades, ni cercas espinosas, ni fosos y barrancos. Basta saltar uno de los dos alambrados que bordean el camino, para correr con toda libertad... ¡Error! ¡Ilusión! En todo lo que abarcan los ojos, y más allá del horizonte, durante semanas y meses de incesante marcha, está el obstáculo, apenas visible hasta que se le toca; el enemigo del vagabundaje, la barrera semiaérea, que no modifica el aspecto del país, conserva su amplitud de inmenso espacio libre, pero detiene el paso del viajero: el alambre, en una palabra.

No existe hoy en la Argentina un pedazo de tierra con amo que no esté acotado por el hilo de hierro. El alambre es signo de propiedad, y los dueños tienen interés en hacer presente su derecho.

¿Cómo explicar la profusión de este hilo férreo en todo el territorio de la República, al que parece envolver con sus mallas metálicas? . . . Yo he viajado por el Chaco, por las fronteras de Bolivia, por otros países argentinos, poco adelantados y de silvestre vegetación. Correteaban medrosos los llamas, conmovíanse los matorrales con el aliento rumoroso de la soledad, y cuando creía yo encontrarme con una tolдерía de indios semisalvajes ó algún jaguar solitario, tropezaba con fuertes alambrados de siete hilos, construídos según los últimos modelos. ¡Hasta allí había llegado la barrera de acero! . . . El alambre acotaba la tierra salvaje, proclamando la existencia de un dueño que algún día podrá cultivarla, cuando escaseen mejores terrenos. . .

El acero hilado precede al trabajo del hombre. Es una toma de posesión para lo futuro.